

# FUNERAL DEL SACERDOTE JUAN ANTONIO JIMENEZ LOBATO

(S.I.C., Badajoz 13 de junio de 2025)

Querida familia de nuestro hermano Juan Antonio Jiménez Lobato, queridos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

Nos hemos reunido en esta Iglesia Catedral Metropolitana de San Juan Bautista, de la que Juan Antonio era canónico, para acompañar con nuestra oración a nuestro hermano en su paso, en su pascua, hacia la casa del Padre. Nos une a él el afecto que profesamos a un hermano que ha compartido con nosotros sacerdotes su vocación y misión presbiteral. Nos une a él el agradecimiento por todo lo que ha hecho en y por la Archidiócesis, sobre todo como profesor en el Seminario y como Delegado diocesano de las Hermandades del Trabajo y Consiliario de la Juventud de Acción Católica y de la JEC. Gracias Juan Antonio. Que el Señor premie tu ministerio sacerdotal y tu trabajo.

La muerte de Juan Antonio nos entristece pero al mismo tiempo sentimos la alegría y la serenidad que nos da nuestra fe por la que sabemos que nuestro hermano es acogido por un Dios que es Padre, y Padre de las misericordias. Nos consuela saber que ninguno que ha sido querido, elegido, amado... , como lo fue Juan Antonio, se pierde.

Mientras pensaba a estas palabras, me venían a la mente dos frases de Santa Teresita de Lisieux: Una: “La vida es un instante entre dos eternidades”.

Por muchos años que vivamos y nuestro hermano contaba ya con una edad respetable, ¡qué corta se nos hace la vida! Siempre es pronto para morir. La vida se nos hace un instante. Pero es un instante que nos invita a la responsabilidad, desde la certeza que nos encontramos entre dos eternidades marcadas por el amor de Dios que todo lo llena. Nacemos del amor de Dios, hecho realidad a través del amor de nuestros padres, y volvemos al amor de Dios que nos aguarda para celebrar y festejar.

La otra frase de santa Teresita que me venía a la mente es: “No muero, entro en la vida”.

En efecto para un creyente la muerte no es el final del camino, es la entrada en la vida y en la vida plena. La muerte es encuentro y nuestra vida es su preparación. Y esto es lo que hoy celebramos, más allá de lo que ven nuestros ojos, la muerte es un encuentro: encuentro con el Dios que nos ama. Por ello, un funeral es una celebración en la que hacemos verdad que la muerte ha sido situada por Jesucristo en su lugar y que, por lo tanto, no tiene la última palabra. En Cristo resucitado, la muerte ha sido vencida para siempre. Cristo resucitado es la razón de nuestra esperanza. Él es nuestra esperanza. Ese Cristo resucitado, esa muerte vencida para siempre es lo que Juan Antonio ha predicado en su ministerio sacerdotal. Esto es un sacerdote: aquella persona escogida por Jesús para dedicar su existencia a decir “hay esperanza”. Hay esperanza porque Cristo ha resucitado.

Queridos hermanos: El funeral de un sacerdote es una catequesis para toda la comunidad cristiana, pero debe serlo particularmente para nosotros los sacerdotes. El día en que seremos visitados por la hermana muerte corporal, el día de nuestra “pascua”, de nuestro paso hacia la casa del Padre, tendremos que presentar nuestra debilidad y fragilidad, pero también el fruto, es esfuerzo de cuanto hemos hecho con los talentos que el Señor ha puesto en nosotros para que los administrásemos con responsabilidad (cf. *Lc 19, 11-27*). Nos toca,

mientras vivimos en este mundo, sacar rentabilidad a los talentos que el Señor ha depositado en nosotros.

Queridos sacerdotes: La muerte de nuestro hermano Juan Antonio sea una ocasión propicia para que hagamos memoria del “primer amor”, que nunca se apague la llama de ese amor que nos llevó a dejarlo todo para seguir a Jesús. Queridos fieles: amemos a nuestros sacerdotes, pues solo ellos, como decía San Francisco de Asís, nos administran el sacramento de la Eucaristía y los demás sacramentos y nos administran las odoríficas palabras del Señor.

Hermanos todos, sirva el funeral de un hermano sacerdote para que intensifiquemos nuestra oración por las vocaciones sacerdotales. Necesitamos sacerdotes. Mientras oramos para que el Señor conceda el descanso eterno a nuestro hermano Juan Antonio, oremos por las vocaciones sacerdotales. Seguro que el Señor escuchará esa oración.

A Dios, te decimos hoy, hermano Juan Antonio. Vuelve a tu Señor. No temas, pues quien te amó con amor de predilección no te abandonará en este momento decisivo. Sea Él tu paz y tu descanso sin fin. *Fiat, fiat, amen, amen.*